

Martínez Campos, 27/I/07
Versión para MI ZIQUITARO
(Publicado en GUIA, 4/VIII/1996)

**HABLANDO SE ENTIENDE LA GENTE
(Y A VECES SIN HABLAR)
Silviano Martínez Campos**

¡Pobrecitas mamás, lo que tienen qué hacer para quitarle lo malhablado a sus hijos!

Como las de antes, que lo amenazaban a uno con quemarle la boca con un tizón si volvía a decir aquella palabrita. El inconveniente era que a la primera vez sí entraba algo de duda si sería o no, porque, la mera verdad, eso del tizón en boca son palabras mayores y como que una mamá no haría eso.

Y efectivamente nunca lo iba a hacer, uno captaba la onda correctiva; pero allí comenzaban los malos entendidos, porque ante la seguridad de que no habría quemazón, en su interior se regocijaba uno al oír la amenaza de a mentiritas y no se quitaba lo malhablado. O se quitaba sólo al ir dándose cuenta sobre cosas que de todas maneras eran malsonantes en público (aunque en las pandillitas infantiles, a escondidas, ¡Ay señor, qué vocabulario!)

Pero se acabaron los frenos del tizón y del qué dirán y no están ustedes para saberlo ni yo para contarlo, pero el otro día un pequeño se acusó diciendo: “Mamá, ya chingué el candado”; y ella repuso muy correctiva: “Cállate la boca, pinche muchacho hocicón”. Pero rió cuando humorísticamente se le hizo notar el despropósito.

Hay casos aún más filosóficos, como cuando para corregir al pequeño y llamarle la atención con energía, le endilgan una “mentada” de las más fuertes y socorridas por estos lares, o sea una “automentada”, con todo y reduplicación.

Hablando se entiende la gente y a veces se entiende mejor sin hablar; pero hay cosas más importantes en la vida como para fijarse en las expresiones que salen sin darse cuenta, las cuales a lo más significan pobreza de lenguaje; pero ésa es una cuestión tan enredada como un trabalenguas.

Y, efectivamente, parece que en nuestros tiempos nos trenzamos en un intrincado trabalenguas, a la manera de una Babel en la cual poco nos entendemos, aún hablando. O será porque hablamos demasiado y no sólo

de boca a boca, sino además de libro a libro, de periódico a periódico, de radio a radio y de televisión a televisión.

Es nuestra cultura del hablar mucho y escuchar poco, pero ésta nos tocó vivir y habrá qué aceptarla... mientras no hagamos una nueva.

UN MINUTO DE SILENCIO

Qué sucedería si fuera posible hacer un experimento: ponernos todos de acuerdo y guardar un solo minuto de silencio en toda la Tierra, un minuto de silencio planetario. A lo mejor hasta escucharíamos las sinfonías de las galaxias, los cantos de las estrellas. O al menos los cantos de las aves, el chirrido de los grillos, el aleteo de las mariposas o las risas benevolentes de nuestros muertos. Pero, por improbable, es cosa de la ciencia-ficción como algo parecido en aquella película: "El día en que paralizaron la Tierra".

O un minuto de silencio entre países, para percibir que los estruendos de las guerras, las competencias y las diversas culturas aparentemente contrapuestas, impiden captar el mensaje de la convulsión actual: ya no es posible actuar en cuestiones fundamentales, como el deterioro ambiental generalizado, cada cual por su lado. Se sabe, pero no se percibe aún, la hondura de tal exigencia.

Sería menos probable un minuto de silencio entre diversos bloques de intereses, ya fueran partidarios o económicos, para percibir que a veces la maraña ideológica impide reconocer, ante dificultades comunes, lo que une por sobre lo que divide.

O un minuto de silencio entre parejas, para percibir que hay aislamientos ruidosos cuando cada uno atiende a su propia frecuencia de onda externa en aficiones, relaciones, ocupaciones; y hay silencios fecundos unitivos cuando se comparte callando el rostro aparentemente agobiado del otro, su dolencia confesada o su conflicto no resuelto.

Pero también silencios fecundos entre amigos, cuando en sintonía de onda compartes aunque sean fragmentos de sus ideales o te plantas en sus zapatos para comprender que, aún así, posee ondas de distinta frecuencia y lo aceptas porque es una expresión de su propia originalidad, la cual respetas como pretendes se respete la tuya.

Silencios todos soñados, idealizados cuando sobrepasan los planos personales, por cuanto entran en juego las fuerzas sociales, los condicionamientos del medio y la libertad del otro.

A LA ESCUCHA

Pero son silencios posibles y obligados, si en tu persona deseas escuchar las voces de la vida.

Y entonces puede que tu aislamiento nocturno y mañanero para poder decir mejor tu palabra, te permita oír y escuchar la maravilla del concierto incansable de los grillos desvelados que cantan a ritmos pausados, lentos o presurosos y los cuales para medir sus tiempos requerirían metrónomos ajustados e décimas de segundo. Y ya avanzado el amanecer, el repetido saludo de la codorniz vecina o el lejano gallo solitario.

O, para contemplar por primera y única vez, sobre la hoja de papel en que escribes, el minúsculo bichito alado e intruso, el cual ni conocías y tal vez ni alcanza clasificación en los archivos de los entomólogos y a lo mejor sea una de las especies amenazadas de extinción.

Hay silencios embarazosos, como cuando nuestra palabra limitada no es fiel al pensamiento, dices lo que no quieres; pero se te impone desde dentro y generas “malos entendidos” luego difíciles de deshacer, ante el silencio del otro.

Pero hay silencios luminosos como cuando se encuentran dos miradas, se entienden y vibran simpatías antes copadas por la diferencia de edades, sexo o condición social.

Hay palabras recónditas que sólo tú escuchas cuando te pones en frecuencia silenciosa o eres llevado a ella. La frecuencia del fondo de ti mismo y de tu propia originalidad, supuesto que aceptas también la originalidad del otro, porque, después de eso, sabes que todos llevamos la música por dentro y cada quien interpreta las notas con su instrumento según la clave que se le dio al nacer, o más antes aún, al ser creado.

Clave tan propia como es la historia personal irrepetible que vibra al unísono en la ejecución de la música compartida. O el mismo coro, entonado por infinitas voces. O como en un baile juvenil una docena de parejitas, todos, ellos y ellas, danzando al ritmo de la música común pero cada uno respondiendo a ella con su cuerpo, su persona, a la manera propia. Un vestido de fiesta uniformado en color, pero original en cada muchacha: por forma, el diseño, el gusto, el adorno.

PALABRA ALADA

En tu silencio puede que percibas la debilidad e inconsistencia de sistemas de pensamiento y acción que apostaban y apuestan sólo a lo visible, experimentable y medible como lo único real.

Entonces puede que vuelvas a retomar viejos caminos que te conduzcan a los mundos infantiles cuando no era imposible platicar con el ángel de tu guarda y aceptes ahora que, aun cuando los ángeles no tengan alas, puede que sí posean palabra puesto que son los mensajeros.

Puede que entonces, en el silencio, creas que no sólo lengua, boca y cuerdas vocales son instrumento de la palabra y aceptes que la palabra alada puede volar dentro de un pensamiento o en el suspiro de un afecto profundo.

Y así puede que entonces logres ser lo suficientemente humilde para aceptar que quien da la palabra puede comunicarse contigo en tu propia onda, ya que “lo que se recibe, se recibe a la manera de quien lo recibe”, según dice el sabio.

También puede que aceptes en los afectos, tan débiles y endeblés, en la consideración común, la palabra-fuerza que mueve al mundo, porque esa fuerza, ese dinamismo está pleno, henchido de amor-benevolencia, porque es el Soplo de las fuentes de la vida.

Y tal vez aceptes que la palabra empeñada se cumple y las hondas aspiraciones de plenitud puestas en el corazón, en lo íntimo de cada ser humano, serán realidad porque la esperanza hace al hombre no doblegarse ante las amenazas más tremendistas ni ante las dificultades del cotidiano vivir.

Para el creyente, esas esperanzas “inscritas” en su “código genético” (por decirlo así) y las cuales nunca han sido silenciosas, no son sólo cosas de este mundo, puesto que acepta una dimensión que lo sobrepasa.

Pero para el cristiano ese Soplo amoroso, que siempre ha hablado y habló y habla, desde el pueblo escogido hasta ahora, es el que permite que, a pesar el formalismo de las palabras humanas, disparates, ambigüedades y “malos entendidos”, en el expresarse, triunfe el Sentimiento, el afecto, siempre amorosos, el cual permite realmente que hablando se entienda la gente o a veces aún sin hablar se entienda.